

---

# Lacan y la filosofía

Carlos Tutivén Román\*

*“El psicoanálisis no sólo tiene el derecho  
sino el deber de hablar de lo que habla la  
filosofía, porque tiene exactamente  
los mismos objetos”*

Jean-Claude Milner, *La Obra Clara*.

Trazar unas líneas o coordenadas que nos permitan esbozar un campo relacional entre el psicoanálisis y la filosofía o, más específicamente, entre la obra de Lacan y la filosofía contemporánea, requiere, a mi modo de ver, de una posición bifronte. Posición que de un lado sepa ubicar el aporte freudiano-laciano a todo pensamiento que desea despojarse de la metafísica de la totalidad y, del otro lado, reconozca que hay filosofías que están en la condición de dialogar sobre el estatuto ontológico del sujeto sin caer en un cierre edificante. Se trata, sin embargo, de un encuentro dificultado por ambas partes. De lado de la filosofía hay varias posiciones, asimétricas entre sí, pero destaca, por ejemplo en la filosofía analítica anglosajona, aquella que sostiene que el psicoanálisis no es una ciencia, a lo sumo una psicoterapia envuelta en una nebulosa literaria y por lo tanto debe ser expulsada a la exterioridad del paraíso epistemológico logicista y cientificista. Hay otras posiciones más interesantes y menos entontecidas que vienen de las filosofías francesas de corte pos-

testructuralista, aquellas que han escuchado el mensaje de Freud y Lacan, asumen el giro lingüístico y el “olvido del ser heideggeriano”<sup>1</sup>.

Del lado del psicoanálisis, si bien Freud, pero aún más Lacan, abundan en referencias filosóficas (que van del Eros platónico y la voluntad shopenhariana a la dialéctica hegeliana y al *Da Sein* heideggeriano) éstas se mencionan tomando distancia crítica y, en tono a veces irónico, denuncian lo que a la filosofía no le ha sido posible ubicar por su condición epistemológica o teórica: el sujeto del inconsciente devenido deseante por una causa que desde siempre se le escapa a la conciencia, un sujeto en falta referido a un real irrepresentable que cuestiona radicalmente el estatuto de la verdad como adecuación entre un sujeto y un objeto.

Pero a parte de los mutuos devaneos excluyentes entre ambos discursos, la relación entre la filosofía y Lacan no deja de ser pensada por filósofos que reconocen el descubrimiento freudiano como ineludible y por psicoanalistas con vocación filosófica, que saben que la filosofía de hoy está a las puertas de un pensar diferente al de la metafísica de la modernidad.

---

<sup>1</sup> Me refiero a la genealogía de Michel Foucault, a la deconstrucción de Jacques Derrida, al Anti-Edipo de Deleuze y Guattari.

\* Profesor de la Universidad Casagrande de Guayaquil.

---

## Sigmund Freud: crítico de la modernidad

El psicoanálisis es un hijo de las luces, de la ilustración. El psicoanálisis es uno de los herederos del siglo que exigió del hombre dar razones para sostenerse en argumentos y justificar sus acciones. Freud, el fundador del psicoanálisis, fue un hombre ilustrado, un hombre culto que se nutrió de las ciencias naturales de su época y de la mejor cultura humanística del siglo XIX.

En el afán irrenunciable de poder otorgarle un estatuto científico a su descubrimiento -el inconsciente- y a su método de investigación clínica -la asociación libre- Freud hizo valer sus ideas en los rigores del positivismo racionalista, empleando la terminología científica de su época y articulándola con los saberes de la filología clásica, la literatura romántica, la naciente antropología cultural y la historia de las religiones. Por otro lado, Freud no congeniaba con los ideales de la ilustración, ni con su filosofía progresista y optimista. En su gigantesca obra puede leerse una crítica rotunda a la metafísica de la emancipación, a la realización histórica por vías políticas o meramente educativas. Desconfía de la

modernidad como proyecto civilizador de perfeccionamiento continuo, ya sea en su faz reformista o revolucionaria. En su experiencia como psicoanalista, Freud descubre una subjetividad -la de sus pacientes histéricos, fóbicos y obsesivos- que va en dirección distinta a los ideales modernos. Siendo ilustrado en su carrera científica y profesional, es sin embargo crítico de la ilustración a la hora de juzgar su ideología, su política y su ética para las masas. A medida que iba dilucidando y formalizando la experiencia analítica, una serie de preceptos modernos demostraban su inconsistencia y su carácter aporético.

En *El porvenir de una ilusión* de 1927, Freud se comporta como un ilustrado que defiende la primacía de la razón sobre explicaciones que se derivan de la dogmática teológica, pero es un contrailustrado cuando desmitifica los valores más preciados de la modernidad ilustrada y empieza a desestabilizar los pares conceptuales desde los cuales el pensamiento moderno arma sus explicaciones sobre la vida social y alienta su teleología progresista: la libertad como destino opuesto a la opresión y a la represión, el individuo autónomo que desde su razón educada se distancia de los placeres de la sociedad masificada,



la alabanza a la renuncia pulsional del yo en aras de valores morales superiores. A esos ideales modernos, el autor del *Moisés y la religión monoteísta*, opone la tozudez de la huella inconsciente y el retorno de la pulsión desde lo real que impiden un arreglo feliz con la ilusión moderna.

Si bien Freud citó, aunque parcamente, a los filósofos, no se fió de la filosofía jamás. Prudente y celoso de no reconocer en otros autores una influencia que pudiera empañar la originalidad de sus descubrimientos, hay una razón de fondo para explicar sus resistencias a la filosofía; ella no sabe del inconsciente o dicho de otra manera, ella -la filosofía- excluye al inconsciente de la posibilidad de pensar. El concienzalismo filosófico que llama verdad a lo que acontece en la conciencia en tanto representación clara y distinta ajustada a los juicios del entendimiento, se vuelve un verdadero obstáculo epistemológico para la constitución del psicoanálisis como ciencia nueva. En este sentido, Freud es antifilosófico. Pero su antifilosofía -diferente a la lacaniana como veremos- no se fundamenta en alguna ideología tradicionalista o conservadora, sino en algo que el descubrió, que es radical e irreductible a la filosofía académica de su época, la pulsión de muerte y el sujeto que constituye.

Podría decirse que la obra freudiana es una filosofía de las luces (en el sentido de un ejercicio crítico de reflexividad) más la pulsión (que marca el célebre escepticismo freudiano). El psicoanálisis se sabe una especie de peste negra que infecta los idealismos morales, desnuda las verdaderas intenciones de las almas bellas, desencanta las utopías revolucionarias. Pero Freud cree en la ciencia, en su poder racional y transformador. Será Lacan el que extraiga la lección de esa confianza freudiana a la ciencia y su correlativa desconfianza a la filosofía. Lacan tendrá otras urgencias y otras coyunturas. Lacan construirá su obra en tiempos donde será necesario un retorno a Freud para defender su descubrimiento más radical y subversivo, en un contexto donde la ciencia atraviesa una pérdida de legitimidad

respecto a su exclusivo poder de generar conocimientos válidos, y la racionalidad técnica administrativa del capitalismo mundial domina las formas de vida humana, desde los antidepresivos a las industrias del entretenimiento y, además, cuando la filosofía ha agotado sus recursos clásicos para ubicarse frente a otros saberes y pensar el mundo.

## Lacan, la ciencia y la filosofía

*“Toda verdad tiene estructura de ficción”*  
Jacques Lacan

La relación entre el psicoanálisis de Lacan, la ciencia moderna y la filosofía es un verdadero nudo gordiano. Solo daré unas pautas para vislumbrar su inextricable anudamiento. Para empezar, diremos que Lacan no es un filósofo, es un psicoanalista. Pero así como Freud no pudo hacer emerger su descubrimiento del inconsciente sin el fondo del discurso científico de su época, Lacan no hubiera podido retornar a Freud, recuperarlo del cientificismo pragmático del psicoanálisis inglés, ni repensar su descubrimiento y su práctica clínica, sin la ayuda estratégica de la filosofía, la filosofía moderna de mediados del siglo XX<sup>2</sup>.

El uso que hace Lacan de la filosofía no es de erudición. No se trata de adornar el discurso psicoanalítico con referencias a Platón, Aristóteles, Hegel, Marx, Kierkegaard o Heidegger. Se trata de re-pensar el psicoanálisis freudiano, leerlo a la letra, re-escribir su discurso, pero en un lenguaje que conversa y sigue a los filósofos en sus especulaciones sobre la verdad, el saber, la ética o el deseo.

Ese diálogo está orientado desde que Lacan comienza su enseñanza<sup>3</sup> por dos vectores: uno hacer ver que no habría psicoanálisis sin el despliegue de la racionalidad científica moderna, y otro muestra que la experiencia ana-

<sup>2</sup> Hay que dejar claro que este procedimiento de repensar a Freud (1953 a 1963) no sólo se valió de la filosofía sino de las ciencias sociales estructuralistas como la lingüística de Jakobson y la antropología de Claude-Lévi Strauss.

---

lítica de una subjetividad que no se agota en el campo del sentido cuestiona en sus fundamentos muchas de las filosofías modernas. Este doble vector está anudado topológicamente, es un nudo con varias aristas. Por ello podemos decir que en Lacan vuelve a converger el debate de las luces. Un debate sobre la verdad, el saber y la ciencia, pero replanteado de tal modo que todos esos conceptos giran anudados alrededor del vacío de una causa (el nombrado “objeto a”). Es por este orden topológico que un autor como Alain Juranville sostiene que en la obra lacaniana hay una filosofía sui generis, graficada por el nudo borromeo, que anuda lo real, lo simbólico y lo imaginario, dejando en el centro un “vacío actuante”, el objeto a, objeto plus de goce y causa del deseo.

Lacan parte de la subversión freudiana, de su antimodernismo radical gestado con las armas de la razón ilustrada. Pero su jugada es otra, ya no se trata de legitimar el psicoanálisis ante los ojos de la ciencia en contra de la filosofía, sino de rescatar al psicoanálisis mismo de las manos de un cientificismo encarnado en la International Psychoanalytic Association (IPA), pensando lo que la ciencia o sus imitaciones (piénsese en la *ego psychology*) excluye para constituirse, exclusión que atañe al corazón mismo del objeto psicoanalítico y a su práctica. Para ello se valdrá de la filosofía pero en un registro diferente, aquel que hace de la filosofía una apertura, un no-cierre respecto a la experiencia cerrada de la ciencia en tanto voluntad de dominio.

“El retorno a Freud suponía, pues, el rodeo por regiones que Freud mismo se había prohibido. Contra el cientificismo desviado de la Internacional, las armas de la filosofía eran, en ese entonces, más fuertes que las armas de la cultura. Para hacer oír su pertenencia íntima al mundo de la ciencia, Lacan tenía que disolver primero la pertenencia falsa y

estrictamente imitativa que el psicoanálisis de lengua inglesa, lejos de las tierras natales, había terminado construyendo. Para este fin sólo la filosofía podía servir, porque sólo ella se presentaba, en el orden de la sistematicidad y la demostración, como Otra que la ciencia” (Milner 1996).

Para comprender este laberinto entre la ciencia y la filosofía en Lacan hay que situar antes que el psicoanalista francés se formó en la gran tradición hegeliano-fenomenológica de Koyré y de Kojève. De ellos heredó esa visión de la filosofía como saber absoluto donde resplandece el concepto como máxima expresión de la razón. Pero con Nietzsche y Heidegger aprendió a realizar su crítica. Para el autor de *Ser y Tiempo* (1927), por ejemplo, la filosofía es en esencia *theoria* o *episteme*. Desde los antiguos griegos, ella piensa al interior de un universo simbólico creado diferente al de la praxis, la *episteme*. Un universo creado a partir de un corpus de ideas, juicios y conceptos referidos al acontecer de una experiencia sorprendida e interrogante sobre la presencia de las cosas, donde el sujeto compadece como testigo/fundante del saber sobre ellas. De esa experiencia deviene un saber que se ama a sí mismo (*sophia*) y del cual se confía unas coordenadas para la acción (ética/política) y unos criterios para la sensibilidad de lo bello (la estética).

Heidegger también fue crítico de la ciencia, pero en eso Lacan más se guió por el espíritu científico y secular de Gastón Bachelard -aprendido de las clases de su profesor en epistemología de la medicina Georges Canguilhem-, donde la ciencia moderna renuncia a esa experiencia de testigo, de contemplación y veneración de lo observado, y se involucra en el mundo refundándolo como experimentación calculada, donde las cosas se ofrecen a su manipulación técnica en gesto de dominio controlado.

El psicoanálisis despliega reflexivamente esa experiencia “secularizada” de la ciencia moderna, de renuncia y rechazo a la contemplación eidética, pero interrogando a su vez, con profundidad, aquello que la ciencia deja

---

3 El artículo “Función y campo de la palabra y el lenguaje en psicoanálisis” inaugura la enseñanza de Lacan en 1953 y, junto a otros trabajos, forma parte de los *Escritos*, un libro que compendia las principales tesis del saber lacaniano.

de lado para constituirse y que es la causa de ese quiebre o ruptura entre filosofía y ciencia: un sujeto que es rechazado, forcluído por la elaboración científica, por la operación significativa de racionalización metódica, es decir, el sujeto del inconsciente, el sujeto barrado (\$). Es el mismo sujeto que se resiste a quedar iluminado en la conciencia filosófica o, si es pensado, queda asimilado o subsumido en el concepto filosófico. Este recorrido laberíntico hace que el psicoanálisis sea lo inverso de la filosofía y la ciencia, y a la vez quede articulada críticamente a ellas pero desde una posición allende a ambas.

Lacan se sirve de la filosofía para hacerla valer como sublevación contra la ciencia idealizada e institucionalizada que representan la IPA, la psiquiatría farmacológica y las neurociencias nacientes, pero el empleo de la filosofía no es filosófico, sino “antifilosófico”, no como en la antifilosofía de Freud que más bien era una actitud de rechazo a ser confundido como mera especulación. Lacan no hace filosofía ni la refrenda, la usa probando sus conceptos desde la experiencia analítica, y a la vez torciendo<sup>4</sup> sus significados para mostrar la relación de extimidad (lo más propio e interior y, a la vez, lo más extraño y externo) que guarda el psicoanálisis con la ciencia y así poder derivar la condición epistemológica que caracteriza a su psicoanálisis: ocuparse de aquello que la ciencia aborta para constituirse, el sujeto barrado por el lenguaje y la causa de su deseo: el objeto pequeño a.

A su vez con estas dos dimensiones del ser humano descubiertas por la experiencia clínica, la de un sujeto representado por un significativo para otro significativo, que no es, por tanto, un todo simbólico, y la de un real irrepresentable, que se resiste a la simbolización y

que sin embargo motoriza el deseo, Lacan leerá y discutirá con los filósofos de la conciencia, con los filósofos del sentido y del lenguaje: el término que acuñará para ello es el de la “antifilosofía”.

## La antifilosofía

*“Es, por lo tanto, un término del que vamos a decir que hay que despertar a él, hay que tratar de ver cómo se lo puede diseñar y si verdaderamente vale la pena hacerlo. En cierta forma esta expresión, antifilosofía, exige también poner a prueba hasta dónde conviene sostenerla o no”*

Jacques Lacan

“Antifilosofía” es un término empleado por primera vez por Lacan entre 1974 y 1975, en la coyuntura de la reorganización del departamento de psicoanálisis de la Universidad de París VIII, pero su fuerza significativa no se debe tanto a la anécdota histórica que a una razón de causa en el discurso lacaniano, y esa causa es el matema. La antifilosofía es el otro nombre del matema y se sintetiza en la frase: “hay exclusión mutua entre la filosofía y el matema del psicoanálisis” (Milner 1996:154).

El matema es la escritura lacaniana de la transmisión de la experiencia y el saber analítico, que reduce al mínimo los efectos imaginantes del sentido y de la hermenéutica del discurso. Es un tipo de notación que a semejanza del álgebra escribe con letras las relaciones lógicas y topológicas entre los elementos involucrados en la estructuración psíquica de un sujeto, situando con precisión la causa de su padecimiento. Aprendiendo de las matemáticas, Lacan encuentra una escritura y una topología que enseña la articulación interdependiente entre lo real, lo simbólico y lo imaginario en el sujeto que habla y desea. No quiere representar sino escribir lo real, o mejor dicho, hacer que algo deje de no escribirse para inscribirse. Así, Lacan hace jugar al psicoanálisis en el lugar vacío dejado por la

<sup>4</sup> Hay todo un debate epistemológico sobre esta operación de “torsión” que Lacan efectúa sobre los conceptos de otras ciencias y disciplinas. Lo hizo no sólo con la filosofía, sino con las ciencias exactas, las humanas y con la literatura. Lo importante es saber que esa “torsión” se efectuaba desde las necesidades intrínsecas del psicoanálisis para hacer ver su especificidad diferencial con otras terapias y con la misma filosofía.

---

crisis de la representación.

Para darle una vía de desarrollo, Lacan tiene antes que atravesar el modo clásico de argumentar propio de la transmisión filosófica, tiene que hacer mostrar su agotamiento, sus impasses. Lacan debía dejarse atravesar por ella para arribar al matema. Este tránsito es también una actitud epistémica y ética, se llama “antifilosofía”. Esta actitud inaugura un nuevo modo de hacer crítica filosófica por fuera y por dentro del mismo discurso filosófico, lo cual ha motivado a algunos autores a calificar a Jacques Lacan como un pensador postmoderno o al menos cercano a esta atmósfera cultural. Pero la antifilosofía es también un modo de mantener un exterior al discurso psicoanalítico para vacunar a este de toda recaída en la jeringonza y la infatuación intelectual.

“La antifilosofía ha sido una ocasión de establecer una suerte de interlocución con otros saberes, de mantener con respecto a lo que es el psicoanálisis y su comunidad, un punto, como decía antes, de exterioridad” (Alemán 2001a).

La antifilosofía es un modo de hablar de la experiencia psicoanalítica y una discusión del modo de transmitirla. Esta experiencia es pensada por Jorge Alemán, psicoanalista argentino, como de razón fronteriza<sup>5</sup>. Frontera que está presente ya en Freud y fue formalizada por Lacan. Se trata del límite entre el sentido, el campo del lenguaje -con sus efectos de significación y comprensión- y la pulsión, verdadero representante de lo real del cuerpo en el campo del psiquismo, una frontera que separa y une a la vez. Una bisagra entre palabra y goce<sup>6</sup>.

Hay práctica del psicoanálisis cuando opera esta frontera en el sujeto. Por ello el psicoanálisis se diferencia de la filosofía porque ésta



es el discurso del agotamiento del sujeto en el campo del sentido, a tal punto que lo ha desvanecido en una deconstrucción indefinida e infinita como en el caso de la filosofía de Jacques Derrida.

Pero la antifilosofía no debe impedir al psicoanalista hablar de aquello de lo que habla la filosofía, puede mostrar indiferencia al modo de discurrir de los filósofos, a su mundo lingüístico, pero no a lo que trata la filosofía desde los presocráticos: ubicar con el pensamiento y su práctica las antimónias o paradojas precisas que producen la intersección entre lo real y lo simbólico que hace al ser humano lo que es: “El punto de intervención del psicoanálisis se deja, en efecto, resumir así: el paso del instante anterior, en el que el ser hablante podría ser infinitamente otro de lo que es -en su cuerpo y pensamiento- al instante ulterior en el que el ser hablante, debido al hecho de su contingencia misma, se transformó en algo muy parecido a una necesidad eterna...” (Milner 1996:159). “Pues, finalmente, el psicoanálisis sólo habla de una cosa: la conversión de cada singularidad subjetiva en una ley tan necesaria como las leyes de la naturaleza, tan contingente como ellas e igualmente absoluta” (Milner 1996:160).

Esta posición epistémica del psicoanálisis lo deja a las puertas de un diálogo con todas aquellas filosofías que, como la heideggeriana, han asumido la condición de “ser en el mundo” como una condición de errancia contin-

---

<sup>5</sup> Emplea el término que utiliza el filósofo español Eugenio Trías para su propia filosofía.

<sup>6</sup> El goce es una experiencia de exceso que un sujeto siente en su cuerpo y que no puede ser pasada al lenguaje con facilidad. El sufrimiento que se padece sin saberse su causa constituye un ejemplo de goce. Otro ejemplo es la experiencia mística de los santos e iluminados que son testigos de un éxtasis sin palabras.

gente y necesaria para asumir la experiencia de ser sujetos lingüajeros y sujetos de lo real.

### Lacan (con) Heidegger<sup>7</sup>

*“El arte es ciertamente escuchar,  
no a mí, sino a la razón, para saber decir  
en acuerdo toda cosa una”*

Heráclito, fragmento 50.

Citado por Martín Heidegger, *Logos*.

*“Dejar actuar al logos o al significante”*

Lacan, Discurso de Roma.

*“Lacan pasó por Heidegger para descubrir y  
para servir a Lacan”*

Élisabeth Roudinesco

La relación de Lacan con Heidegger está marcada por anécdotas históricas que tinturan la relación de curiosidades, silencios, malentendidos, palabras oscuras, expectativas unilaterales (Roudinesco 1994, esp. el capítulo “Vibrante homenaje a Martín Heidegger”). Pero más allá de estos encuentros y desencuentros entre el psicoanalista y el filósofo, la relación vale más por lo que Lacan quiso ver en la obra heideggeriana -su concepción del lenguaje y la técnica del comentario- que por el recurso de apelar a un pensamiento del ser que se remontaba a etimologías arcaicas en clave ontologizante. Sin embargo, el psicoanalista siempre elogió a la “meditación más alta del mundo” (Roudinesco 1994:338) para pensar la articulación entre la palabra y aquello que bordea la palabra: la cosa (*Das Ding*). Un decir menos tonto, allende toda habladería, que deja actuar al significante en su camino de desvelamiento de la verdad del deseo. Lacan encontró en la lectura de Heidegger resonancias de su propio trabajo para hallar las condiciones del advenimiento del ser en el seno del discurso.

A Heidegger nunca le interesó las ideas de

Lacan, no lo entendía, y las pocas veces que se vieron y hablaron, fallaron los traductores o las circunstancias de esos encuentros. Pero actualmente la relación de estos dos autores mayores del siglo XX trasciende las biografías históricas y se ponen en diálogo en aquellos que piensan lo que ambos desvelaron: el olvido del ser y un decir que lo exprese sin apelar a la terminología de la ciencia, ni de la filosofía clásica en Heidegger y, por el lado de Lacan, otro decir, el de la experiencia analítica que pudiera transmitir la huella que deja ese franqueamiento que para cada sujeto pueda ser su acceso al ser, es decir, al ser de goce.

Jorge Alemán ha trabajado intensamente este diálogo, y cree que Heidegger trató de encontrar una especie de “cura”<sup>8</sup> para la filosofía enferma de un nihilismo metafísico. Según él, la tarea de Heidegger fue buscar un camino que le permitiera atravesar lo que ella misma había producido: un olvido. El olvido de pensar el ser a favor del ente. Cada época es una forma de manifestación del ser y a la vez de sustraerse. De esa operación queda una huella que es la forma que adopta una época y sus discursos dominantes, que son básicamente dos: el de la técnica y el del capitalismo, ambos constituyentes de un síntoma llamado modernidad. Para Lacan, según dice Jorge Alemán, Heidegger es un lector que lee las formaciones intelectuales como se lee las formaciones sintomáticas.

Dar cuenta de ese olvido, asumirlo, hacer otra cosa con él, otro tipo de escritura, una elección distinta, una respuesta diferente, requiere atravesar los límites de la filosofía. Con Heidegger la filosofía atraviesa a la filosofía. Como Lacan con su antifilosofía, Heidegger quiere salir de la filosofía dejándose atravesar por ella. Atravesar la filosofía es moverse a través de los significantes claves que nos han constituido y representado a través de su historia, que nos han permitido pensar y olvidar, todo esto tiene que ver con la concepción de

7 En este acápite sigo los razonamientos de Jorge Alemán expuestos en sus libros *Lacan-Heidegger. Un decir menos tonto* y *Lacan y la razón Posmoderna*.

8 En Heidegger el término “cura” no alude a un sentido médico, sino a un modo de ser del hombre en camino de su autenticidad como logos (decir) del ser.

---

la cura. Como diría Lacan, no se puede olvidar un dolor sino saber vivir con su huella. Habrá que reconocer esas huellas que dejó la metafísica occidental cinceladas en los olvidos que se eligen, para luego aprender a vivir con ella, valerse de ella, ir más allá de ella. Diríamos con Lacan que hay que hacer explícito los significantes amos que han marcado nuestra vida psíquica para luego operar sobre ellos.

La deconstrucción onto-teo-lógica que realiza Heidegger en su obra es una especie de recorrido de las huellas que constituyeron el saber occidental en la operación de pensar el ser desde la metafísica de la presencia. Esta historia ontoteológica, que se despliega en la ciencia consumada, es la que Heidegger quiere trascender a través de una espera silenciosa que recoja una disponibilidad para escuchar al ser, mientras tanto, las tareas del pensar se dedican a escuchar la voz de los poetas porque en ellos anida otra forma de relacionarse con aquello que la filosofía y la ciencia han olvidado y a partir del cual se han constituido.

Esta tarea equivale en Lacan a una superación del discurso del amo o universitario por vías de la lógica del no-todo, es decir, por los linderos y extravíos del goce femenino. Estas relaciones entre los dos marcan lo que Lacan ha llamado “la fraternidad de un decir”. Pero donde Heidegger se queda en un silencio, diríamos escatológico, pseudo místico<sup>9</sup>, Lacan introduce su acto que escribe la página en blanco que la filosofía deja al no asumir las consecuencias que ella misma genera. El acto de Lacan tiene que ver con un atravesamiento por el lenguaje del fantasma silencioso que oculta la relación pulsional con lo real; el acto de un biendecir la verdad no toda en una nueva subjetividad que asuma su ser de goce.

En resumen podríamos afirmar que la causa (el olvido) exige ser pensada a través de un acto (recordación-superación) que funde una razón fronteriza entre el sentido herme-

néutico y el goce del ser, lo real. Frontera que fue pensada por Freud y retomada por Lacan en el momento histórico en que Heidegger se asoma a pensar el lenguaje como “la casa del ser” en sus últimos años de vida.

Ambos autores se acercan a un pensar donde el sujeto barrado o *Da Sein* se desembaraza de la paranoica de un dios garante de la verdad (el Otro que no existe) y se entrega a la tarea de habérselas con su destino más propio: “El hombre no pide más que esto: que las luces sean moderadas, y que esto constituya una experiencia radical” (J. Lacan).

## Bibliografía

- Alemán, Jorge, 1989, *Lacan-Heidegger. Un decir menos tonto*, Ediciones CTP, s.l.
- Alemán, Jorge, 2001, *Lacan y la razón posmoderna*, Ediciones Miguel Gómez, Málaga.
- Alemán, Jorge, 2001a (1999), “La introducción a la antifilosofía”, en *Virtualia* No. 2, Revista Virtual de la Escuela de Orientación Lacaniana.
- Assoun, P.L., 1982, *Freud, la filosofía y los filósofos*, Paidós, Barcelona.
- Cordua, Carla, 1999, *Filosofía a destiempo. Seis ensayos sobre Heidegger*, Ediciones de la Universidad Andrés Bello, Santiago de Chile.
- Escuela de Orientación Lacaniana, *Virtualia*, Revista digital, No. 1, 2 y 3; ver <http://www.eol.org.ar/virtualia>.
- Giussani, Diana, 1991, *Lacan-Freud. Una teoría del sujeto más allá de la metafísica*, Catálogos, Buenos Aires.
- Lechte, John, 1994, *50 pensadores contemporáneos esenciales*, Ed. Cátedra, Madrid.
- Milner, Jean-Claude, 1996, *La Obra clara. Lacan, la ciencia, la filosofía*, Manatíal, s.l.
- Roudinesco, Elisabeth, 2000, *Lacan. Esbozo de una vida, historia de un sistema de pensamiento*, F.C.E., México.

---

<sup>9</sup> Heidegger a influido notablemente en la llamada escuela de Kioto, donde se recogieron las enseñanzas del filósofo en un diálogo fructífero con el budismo zen. Los diálogos con el profesor Tezuka inspiraron las páginas del libro *Del camino al habla* de 1953.